Domingo XXV del Tiempo Ordinario (21-09-25)
Homilía del Cardenal Carlos Castillo
(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

En este domingo en que nuestros hermanos de la Parroquia de la Virgen de la Merced nos han traído sus dos imágenes, la Virgen de la Merced y el Señor de la Caída, nos recuerdan que la vida humana necesita siempre de la merced, de la merced de Dios.

La merced es el regalo, el servicio generoso de Dios a nosotros y de todos unos con otros, como hoy día lo estamos haciendo en esta Iglesia acogiendo a nuestros hermanos de las diversas comunidades religiosas y espirituales que existen en varias partes del mundo; como también a nuestros hermanos que se han reunido para clamar, por parte de los movimientos laicales y asociaciones, por la paz en la situación mundial que cada día arrecia más y en donde las víctimas son eliminadas como si fueran cosas por el maltrato y la insensibilidad de ciertos sectores que solo ven sus intereses.

Hoy día el evangelio de Lucas (16, 1-13) nos recuerda - y también la lectura del Profeta Amós (8, 4-7) - que no existe entre nosotros la posibilidad de vivir con alegría, con esperanza, con humanidad, si es que no renunciamos a un “dios” subrepticio, subversivo y destructivo, un ídolo que nos azota y que se quiere mostrar como “señor” de todos. Es el “dios dinero”, también denominado como “mamona”.

Se trata de una imagen de alguien que acapara, domina y excluye a los demás y los destruye a consecuencia de su ambición. Hoy día eso está pasando en el mundo: estamos afrontando una situación grave porque muy pocos, gracias al enorme poder de la tecnología, están concentrando millones de millones de monedas que lo único que hacen es destruir a las personas generando guerras, hacer la guerra como negocios y maltrarar a las personas, ayormente inocentes. Necesariamente tenemos que reconocer que el conflicto más dramático ocurre en Franja de Gaza. Es una tierra que siempre ha pertenecido a los palestinos, pero que, por una confusión religiosa, se pretende considerar que la presencia de un pueblo vecino a los palestinos (que se ha implantado solamente hace poco tiempo desde los años 50 del siglo pasado) son los únicos y dueños absolutos.

En la Biblia, a Abraham el Señor le dice que ***será una bendición para todos los pueblos, no maldición***. "*Sal de tu tierra y vea la tierra que yo te mostraré. En ti se bendecirán todos los pueblos de la tierra. Sé tú una bendición*". El nacimiento de la elección del pueblo hebreo, por tanto, es para servir a la humanidad; es el camino que seguimos en la Iglesia católica a partir de que Jesús murió y resucitó. Y murió como un servidor, restableciendo el sentido original de la promesa hecha por Dios. E, incluso, cuando le promete la tierra, le dice: "*Irás a la tierra que yo te mostraré*". Esa tierra es algo así como una posesión, no una propiedad. Es como si le dijera, *encontrarás un lugar donde guarecerte*. Probablemente, quiso decir, "serás huésped, un buen huésped".

Ustedes han alojado huéspedes en casa alguna vez, ¿no es cierto? Siempre hay esos huéspedes que se quieren agarrar todo, ¿no? Pero, normalmente, el huésped es una bendición porque permite que la familia acoja a la persona, nos hacemos amigos, y conversamos. Esa era, originalmente, la labor del pueblo hebreo, y debió mantenerse asi en la historia. Sin embargo, por una confusión grave en la historia presente y pasada, sobre todo, cuando acaba el período de los reyes, los sacerdotes empezaron a crecer en ese pueblo y empezaron a apropiarse de todo. Y se volvieron lo que luego Jesús va a denunciar: "*Ustedes han convertido la casa de mi padre en cueva de bandidos*". Y esa mentalidad no se puede seguir teniendo, hay que volver a la antigua promesa: "Pueblo de Abram= bendición". La iglesia debe serlo, sin duda. Y todos nosotros convertirnos en bendición los unos para los otros.

Hoy día, el evangelio nos recuerda este ejemplo de un administrador ambicioso, un trafero de esos que se roban la plata para sacar "la suya". El Señor, curiosamente, de esa persona, malévola y sinvergüenza, saca una cosa pequeñita que probablemente la ha subrayado para hacer recapacitar a todos los ambiciosos. Al administrador, al ver que lo van a botar del trabajo y al no encontrar otra salida, se le ocurre hacer negocios con los beneficiados de sus trafas, de tal manera que acuerda con todas esas personas que ha trafeado, darles una parte para hacerlos sus "amigos", cosa que después, cuando pierda el trabajo, pueda recurrir a ellos.

Es curioso que el Señor ponga un ejemplo de un trafero para poder extraer una enseñanza. Podría pensarse que, con el ejemplo, se está alabando a este administrador. No es así, Jesus solo está alabando la sagacidad que tuvo para empezar a pensar de otra manera. Era una pequeña chispita que todos podemos tener, en medio de nuestro pecado, porque el Señor nos creó a su imagen y para ser semejantes a Él; para abrirnos al bien, inclusive, si a veces aparece como una especie de sinvergüencería, un escapismo. Pero el Señor también nos está diciendo que todos los cristianos, todos los creyentes, toda la gente que realmente tiene a Dios en su ser, si le hace caso, puede abrir un camino de bondad. Así sea, al comienzo, un poco trafero, pero, luego, encuentra amigos y eso es lo importante.

Hoy día, hermanos y hermanas, nuestra fe, la fe de todos los creyentes en Dios, en todas las religiones y, especialmente, en el caso de los católicos y de los cristianos de diversas comunidades, estamos desafiados a predicar de tal manera, que, con tal sagacidad, convenzamos a la humanidad para detener esta situacion tan grave de guerrar y odios, de maltratos e injusticias, sobre todo contra los niños inocentes, para pararlas definitivamente y hacer lo que el Papa León estos días ha pedido: el anhelo de la humanidad, de un mundo de paz.

Por eso, la primera cosa que tenemos que hacer es despedirnos definitivamente de la ambición y del dinero. Finalmente, es ese ídolo que se mete en el corazón y que en vez de inspirar a la persona en el amor y llevarla a

cumplir toda la capacidad de amar que Dios nos ha dado, la lleva a encerrarse en sí misma y a destruir a los demás. Sin imponerle a nadie ninguna religión, hemos de suscitar la actitud religiosa de que primero está el Dios que nos creó, el Dios que nos amó, el Dios que nos acompaña siempre y en diversas partes, con diversas imágenes, y que nos dice: "Sean como yo los he creado", es decir, servidores, amorosos, *mercedarios*, no mercenarios, personas que se donen y den vida a los demás, servidores como la Virgen María, como el Señor que cayó muerto en la Cruz por enseñarnos un camino de servicio para que, con su entrega generosa, el amor se expanda en la humanidad. Esta es la tarea misionera que tenemos todos, desarrollándola en nuestras casas, en nuestros ambientes, en nuestros barrios y paises, suscitando nuestras capacidades de vivir.

Quería recordar esta anécdota muy linda con la parroquia Nuestra Señora de las Mercedes, en Barrios Altos. Esta es una parroquia muy linda porque ahí creció Felipe Pingo Alva. Hace poco celebramos los 125 años de su nacimiento. Entonces, Robertito es un seminarista que dirige el coro de niños y forma en ellos ese calor de los niños que cantan y que todos se compenetran, se ayudan. Hace poquito han hecho un concurso de música, muchos de ellos han compuesto canciones y hoy tenemos, entre nosotros, al ganador. Bueno, toda esta experiencia genera generaciones que viven de lo sutil, de la música, de la alegría, de los matices que Dios nos ha dado para que podamos vivir y que son los que nos hacen felices.

Hoy día esto es urgente. Necesitamos inventar juntos maneras de transmitir en el mundo la fuerza vital de la paz, que no es la paz de los cementerios, sino la paz que se construye un día a día con la esperanza, con el arreglo, con el acuerdo, con la conversación. Y, por eso, hoy día, vamos a rezar por el Papa León XIV para que, presidiéndonos en la búsqueda de la paz, pueda hacer que nuestra Iglesia se una a todas las demás comunidades creyentes en este aporte ecuménico de generar esperanza en las situaciones más tremendas que vivimos.

Por eso, vamos a escuchar las palabras que dijo Papa Leon en el Ángelus de hoy:

> Me dirijo, en primer lugar, a los representantes de diversas asociaciones católicas comprometidas en la solidaridad con la población de la Franja de Gaza. Queridos amigos, aprecio su iniciativa y muchas otras que en toda la Iglesia expresan cercanía a los hermanos y hermanas que sufren en esa tierra martirizada. Con ustedes y con los pastores de las Iglesias de Tierra Santa, repito: **no hay futuro basado en la violencia, en el exilio forzado, en la venganza. Los pueblos necesitan paz: quien los ama de verdad, trabaja por la paz.**

Empeñémonos, comprendámonos y comprometámonos en este tiempo a realizar esa paz de diversas formas. La más importante: conversando y arreglando las cosas, llegando a acuerdos, avanzando en hacer lo mínimo indispensable para que eso se vaya expandiendo. Hoy día, eso es importante en la Iglesia católica, que también es misionera y

sinodal. Aprendamos a comprendernos caminando juntos y haciendo, desde el Pueblo de Dios mismo, nuevas iniciativas.

Todos somos importantes. Esta frase del Papa Francisco, y que ahora el Papa León XIV ha repetido en la entrevista que se publicó con el libro que acaba de salir: “Todos, todos, todos somos importantes”, nos recuerda que hemos de colaborar para neutralizar lo que algunos quieren monopolizar como el principio destructor y exterminador de la vida, que es el dinero.

“*O Dios, o el dinero*”, no hay manera de compatibilizarlos. El dinero siempre debe estar al servicio de la vida del bien comun de los seres humanos. Que Dios los bendiga y nos una a todos en este camino. Hagamos juntos un clamor por la paz, diciendo: "Somos agentes de paz”.

Amén